



### *Jesús habla a las mujeres*

más organizado Señor! la multitud de fieles y la multitud de nazarenos, apretada en el espacio y apretados en la fe murmuran y rezan. “Los gendarmes” de la procesión por momentos, pierden su autoridad para ponerla en marcha... ¡ya sale! ¡ya sale! murmuran. Ya sales Señor.

El sol te lanza su primer trallazo por encima de los tejados... ¡abajo! ¡abajo! se oye. Doblas un poco la espalda, Señor, y el vertice de tu cruz acaricia o roza el quicio...

¡Abajo! ¡dos dedos!, ¡dos dedos más! y sales... El aire es música divina y perfumada. Noto un frío dulce y emotivo, envuelto en esa otra música del maestra sedano, en lágrimas, en oración presentida, en plegaria pregonada. Noto la piel en rebeldía, los pelos perpendiculares y un escalofrío comunitario, recorre la sensibilidad colectiva.

Creo, Señor, que cuando he sentido lo que con poca fortuna describo, y cuando, para contarlo lo he evocado, la paz de ese entrañable recuerdo me ha acompañado y me ha conmovido... ya sabes, Señor, que esta cofradía tuya siempre me ha interesado mucho. La numerosa familia que tenemos, históricamente ha estado a tu lado señor, como ya dije, el abuelo era vecino tuyo y él transmitió a sus hijos y nietos la

militancia comprometida contigo, Señor. A uno de los nuestros le has tenido mucho tiempo bregando ahí en tareas de primero a tu servicio, Señor...

Me acuerdo, también Jesús Nazareno, de esos dos “encuentros” que jalonan tu recorrido: frente a tu madre María, Madre del Amor y del Dolor, y frente a otra mujer valiente y discutida que rompe el camino entre la multitud para secar tu cara fatigada, convulsa y ensangrentada. María y Verónica madre y mujer son dos bálsamos amorosos en tu dramático y cada vez más corto sendero hacia el calvario, Señor...

Es morada y nazarena la mañana del Viernes Santo en Daimiel.

Cuando caminas, Jesús, sobre los hombros subastados de tus nazarenos, tu sudor, tu sangre y tu jadeo, Señor, dejan de ser estáticos y cobran dramática vida en los rostros de los hombres que te trasladan por las calles de este pueblo:

Muchas veces, señor, mis ojos de adolescente han recorrido insistentes tu cara de sufrimiento y la he encontrado, repetida, dos metros más abajo, en las caras de tus portadores... O en las filas... Descalzo vas Señor, anónimo tras el antifaz morado con la pesadísima cruz que arrastras, insignificante insignia de una vida mucho más,